

Venezuela ante el V centenario*

RIGOBERTO HENRIQUEZ VERA**

Deseo expresar en primer término a la muy ilustre Sociedad de Estudios Internacionales, en la persona de su Excelentísimo Rector don Fernando de Salas López, mi profundo agradecimiento por esta nueva oportunidad que me brinda para ocupar esta calificada tribuna, y tratar esta vez un tema de gran actualidad para el mundo iberoamericano, como es éste del V Centenario del Encuentro entre España y América y, en mi caso particular, de cómo vemos los venezolanos este singular acontecimiento dentro del contexto latinoamericano.

Pero precisemos previamente algunos conceptos sobre lo que para nosotros significa la fecha del 12 de octubre de 1492, como punto de iniciación de buena parte de las más profundas transformaciones que desde entonces han dejado huellas indelebles en la historia de la humanidad y en el espíritu renovador del género humano.

Para decirlo con acertadas palabras de nuestro ensayista y escritor contemporáneo, Arturo Uslar Pietri, "Podríamos celebrar nada menos que el nacimiento de la Edad Moderna. El divorcio de las aguas entre la Edad Media y el Renacimiento podría colocarse en el punto supremo de ese día. Fue del descubrimiento de América que derivó, fundamentalmente, la nueva visión del hombre, su

* Conferencia dictada por el doctor Rigoberto Henríquez Vera, ante la Sociedad de Estudios Internacionales, en el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

** Escritor, embajador de Venezuela en Madrid (España), exgobernador del departamento de Mérida, exsecretario de Acción Democrática, durante muchos años en la clandestinidad.

situación y su destino que iba a cambiar la historia del mundo y su significado. Los europeos, que leyeron la Carta de Colón y la de Américo Vespucci, debieron sentir una especie de vértigo. Era como si todo hubiera cambiado en torno a ellos. Desde la imagen del planeta hasta la idea de la humanidad. En cierto modo fue la entrada en la Edad de lo relativo. Y también en la Edad de la duda. Y el destino del hombre individual y colectivamente adquirió una nueva dimensión”.

Dentro de este orden de ideas, como lo asienta Uslar Pietri, “podría alegarse que de ese gran acontecimiento nace la noción de la utopía. Los europeos descubren con asombro la posibilidad de una sociedad humana profundamente distinta (. . .) Hay unos hombres que viven en la naturaleza, casi desnudos, bondadosos, inocentes, fraternales, que no conocen ni la espada ni la pólvora y que todo lo disfrutaban en igualdad y comunidad. El contraste es violento y corrosivo para el orden establecido en Europa. Tomás Moro escribe la *Utopía* y la sitúa en América. (. . .) Si el hombre en la naturaleza era espontáneamente libre, pacífico y feliz tenía que ser el orden social creado por la historia europea el que habría engendrado la desigualdad, el odio, la miseria, la tiranía y la guerra. Estaba sembrada la semilla revolucionaria que iba a transformar la historia del mundo hasta nuestros días. Es también, sin duda, la fecha natalicia del Nuevo Mundo. (. . .) No sólo se creó una nueva sociedad que ya no fue ni indígena, ni española, en el continente americano, sino que también la mentalidad del europeo se modificó, su visión del planeta y del destino del hombre se hizo paulatinamente global, y llevó a someter a revisión la mayoría de los conceptos que había heredado de la Edad Media”.

Pero lo que sucedió en aquel amanecer del 12 de octubre, anunciado en el grito desgarrador de Rodrigo de Triana, “No era el descubrimiento de una tierra por los hombres de otra tierra. Era mucho más y por eso fue difícil interpretarlo y comprenderlo —como agrega Uslar Pietri—. No era que España había descubierto América, como todavía dicen los manuales de la peor historia. No había todavía España y mucho menos había América. Hubo el encuentro de dos mundos que estaban en dos momentos de humanidad y de destino que no coincidían. (. . .) Tampoco había esto que ahora llamamos América. Había apenas una de las Américas posibles. La del indígena en el aislamiento universal. . . Los recién llegados no supieron siquiera como llamar aquello que habían encontrado.

Pensaron que habían llegado a la costa oriental de Asia, a las tierras del Preste Juan de las Indias, y llamaron indios a aquellos seres primitivos e inocentes que les hablaban en una lengua ininteligible. Han podido igualmente llamarlos chinos. Más tarde se dieron cuenta de que eran islas, mucho más tarde se percataron de que era todo un continente nuevo, pero lo siguieron llamando las Indias. Si tanto tiempo se tomó para conocer, mucho más tiempo se tomó para comprender. Tanto los que llegaron como los que recibieron, por las buenas o por las malas, empezaron de inmediato a ser otras gentes. No se pudo transplantar la España que se estaba haciendo en el siglo XVI, y tampoco pudo continuar la civilización aborigen. Nació otra cosa distinta que fue en realidad el Nuevo Mundo”.

Los seres que vieron deslumbrados aquel amanecer, los de una y otra orilla, “ya no pudieron seguir siendo los mismos que antes fueron. Había comenzado un inmenso proceso de creación y transformación. . . Sólo que fue mucho más tarde cuando los hombres pudieron darse cuenta de todo aquello”.

Así comenzó este largo proceso de transformaciones históricas que ya nos acerca a los cinco siglos, con todos sus conflictos culturales de evolución social, de adaptación económica, política y humana, de cambios profundos en el ámbito de las ideas y formas de relaciones entre los hombres, de creación, de sueños y utopías.

Estamos conscientes de lo que ocurrió como experiencia humana de tremendas repercusiones emocionales y sentimentales, pero no lo suficientemente como para haberle sacado un mayor provecho compartido a ese encuentro casual entre ambos mundos, porque si el intento primigenio fue obra del azar, de lo inesperado, de lo no previsto, fruto sí de una hazaña humana inmensurable, no es menos cierto que quinientos años no han bastado para consolidar sobre bases firmes, perdurables, inmodificables, lo que desde hace mucho tiempo ha podido ser una gran comunidad de naciones iberoamericanas identificadas sin reservas mentales en la necesidad de un estudio a fondo de sus propias realidades, de manera de no seguir divagando sobre nuestra propia e inconfundible identidad; y todo ello, lamentablemente, porque no se ha completado aún pese a todos los esfuerzos realizados o por lo menos anunciados, un estudio serio, objetivo, imparcial de los verdaderos alcances universales de ese encuentro fortuito que dió lugar a ese complejo proceso de transculturización y mestizaje, inacabado aún, en el nuevo continente; un análisis sin aversiones mutuas, sin encubri-

mientos vergonzantes, sin falsificaciones nocivas, donde los hechos se sitúen en su exacto contexto histórico. No se trata ya de pasarle factura a nadie, sino de comprendernos mejor, de hacer realidad los grandes sueños de unidad e integración que se han mantenido latentes en las mentes lúcidas y en los sueños libertarios de nuestros grandes forjadores de pueblos.

Porque la verdad hay que decirla, esto de la unidad espiritual, comprensión y conocimiento entre nuestros dos mundos, a cinco siglos de esfuerzos infructuosos, deja mucho que desear. Por eso es bueno que aquí en España, como en América Latina, se conozca cómo piensan los hombres de pensamiento no mediatizado, sobre estas jornadas del V Centenario, comenzando por la circunstancia de que ni siquiera en su exacta denominación hemos coincidido.

Se ha dicho y repetido que, ante la proximidad del V Centenario, “se hace indispensable profundizar en la empresa llevada por España, para dar a conocer con objetividad y rigor científico, la verdad sobre un hecho de tal envergadura”. Aquí mismo en Madrid, para no ir muy lejos, se han hecho intentos en tal sentido y, hace poco, un distinguido catedrático de la Historia de los Descubrimientos Geográficos, el profesor Francisco Morales Padrón, decía en un foro sobre el tema que nos ocupa, que “en estos días se está cuestionando, por ciertas personas y por ciertos medios, el uso de la palabra *descubrimiento*. Algunas instituciones parece —dice el profesor sevillano— que les acongoja o les avergüenza utilizar esta palabra, y proponen el empleo de otro vocablo. . . Actualmente se nos propone sustituir la palabra *descubrimiento* por la palabra *encuentro*. Pero esto es puro eufemismo”, agrega Morales Padrón, quien a renglón seguido afirma de manera contundente que “hubo descubrimiento y no hubo encuentro”. . . “Me parecen —dice— vergonzantes las actitudes de intentar sepultar el vocablo descubrimiento por la palabra encuentro. . .”.

Para otros —y son muchos—, contrariamente a la tesis de Morales Padrón, sostienen el criterio, con abundante documentación, de que no se trata simplemente del cambio de un vocablo por otro, o de una insustancial discusión semántica, sino que, evidentemente, en el fondo de la cuestión existe algo mucho más de fondo, con profundas raíces en la historia misma del suceso primigenio y el devenir de los procesos de transculturización posterior, aún no estudiados lo suficientemente ni, mucho menos, comprendidos en sus verdaderas dimensiones éticas y humanas.

Luego, estamos en presencia de la reactualización de la antigua polémica sobre la Ontología de América Latina. Descubrimiento por algunos, como hallazgo de un Mundo Nuevo, desconocido en el Antiguo Continente. Encubrimiento para otros, entendido como la acción de la Europa conquistadora y dominante que encubrió, sepultó o ignoró el elevado grado de desarrollo y de adelanto de las culturas aborígenes. Y por último, la tesis americanista que pugna por la identidad de nuestra América como el *Encuentro de Culturas*, donde el encuentro y fusión de lo indígena con lo europeo, y viceversa, se convirtieron por fuerza de realidades ya irreversibles, en una clara, diáfana, inconfundible síntesis de cultura universal, dando lugar al nacimiento de un pueblo nuevo como expresión maravillosa de ese pluralismo cultural dentro del cual se ha convivido, con miserias y grandezas, a lo largo de cinco siglos.

Mezcla y fusión es, pues, la esencia de ese mestizaje que ha configurado el continente geográfico y humano del mundo latinoamericano; y como tal debe enfocarse el estudio de esa vasta porción del mundo donde se ha consolidado un pluralismo cultural, con todas sus variantes, diversos sistemas, creencias, comportamientos, tradiciones, mitos y leyendas, capaces de mantener lo autóctono sin entrar en conflicto con sus vinculaciones de sangre, religión, lenguaje y experiencia que le llegaron de otros pueblos.

Y si esto ha sido así, ¿por qué entonces debemos alarmarnos cuando “en estos días se está cuestionando” el manoseado vocablo de descubrimiento y en otras latitudes del pensamiento se le quiere llamar encubrimiento, encuentro de dos mundos, encuentro de culturas o nacimiento de la América Mestiza?.

Lo importante es definir la identidad de ese pluralismo cultural que fue matriz de ese milagro de mestizaje que está hoy por hoy presente en ese territorio que sigue siendo un Mundo Nuevo, cargado de futuro, con acento propio, y que dentro de nuestra utopía inacabada continuamos llamando el Continente de la Esperanza, así confronte hoy rezagos de colonialismos insepultos.

El filósofo e historiador mexicano Leopoldo Zea sostiene la tesis de que la hazaña española conducida por el genovés Cristóbal Colón fue el “Encuentro de Dos Mundos” porque “Lo cierto es que para que haya descubrimiento, primero tiene que haber encuentro. Los que se encuentran, tenderán a descubrir aquello con lo cual se han encontrado. Cristóbal Colón y la España en nombre de la cual

no pretendía descubrir, sino encontrar el mundo del que había hablado otro italiano, Marco Polo. Colón con sus marinos, esperaba encontrarse con los legendarios Catay y Cipango, con la tierra de los Khanes y la de sus rivales en las Islas; buscaba la vieja China y la no menos vieja India. Era a las indias de Marco Polo a las que querían llegar, las que querían encontrar. Los navegantes iban dispuestos a encontrar lo que querían encontrar, no a descubrir. Un penoso descubrimiento vendría después. . . ”.

Colón y sus marineros, agrega Leopoldo Zea, “No encontraron las Indias, no descubrieron el mundo que querían encontrar, sino un mundo que no entraba en su propio cosmos. Un mundo que se apresuraron a encubrir, más que a descubrir, en relación con sus propias esperanzas. . . No descubrieron a América. Se tropezaron con América. Se tropezaron con un Continente al que empezaron a llamar Nuevo, porque no entraba en propia concepción y esperanzas. Encuentro fortuito, accidental, para una mente que esperaba encontrar otra cosa. Encuentro con un mundo distinto, inesperado, fuera de lugar, pero también fuera de la poca utopía. Y a partir de ese encuentro, el inicio del descubrimiento. Mutuamente los supuestos descubridores y descubiertos, empezarían a descubrirse. . . Un largo proceso que continúa hasta nuestros días. El proceso del verdadero descubrimiento que habrá de ser autodescubrimiento. El autodescubrimiento del mundo que surgió a partir de ese 12 de octubre de 1492. . . ”

Con esta tesis del “autodescubrimiento de América” coinciden muchos pensadores latinoamericanos contemporáneos que, al igual que Leopoldo Zea, comparten la idea de que el auténtico descubrimiento de nuestra región habrá de venir, precisamente, de los propios americanos, de los hombres y pueblos bautizados como americanos, hispanoamericanos, iberoamericanos, latinoamericanos o indoamericanos”. . . Hombres y pueblos que pudieron ser llamados “colombinos”, como llamó Simón Bolívar a los habitantes de esa vasta región del planeta colindante con las aguas del Atlántico y el Pacífico; porque fue precisamente el Libertador de medio Continente suramericano quien quiso reivindicar la hazaña colombina, con el nombre de su gran protagonista. Porque eso de América no dejó de ser una de las grandes manipulaciones de la historia. Por eso Simón Bolívar llamó Gran Colombia su sueño libertario.

Ya otros pensadores de nuestra América Mestiza le habían salido al paso a lo que Henríquez Ureña llamó el “descastamiento” de nues-

tras propias raíces, o José Enrique Rodó cuando nos habló de “nordomanía”; o “Sietemesinos” como los llamó el Apóstol José Martí a los que no tienen fe en su propia tierra, que se avergüenzan de ser lo que son, que reniegan de la tierra que les amantó y les dió vida.

El Maestro José Vasconcelos también nos habló de la “raza cósmica”, haciendo descansar esta realidad en la multiplicidad racial y cultural que en el Nuevo Mundo se ha generado; razas y culturas múltiples “que van encontrando obligada síntesis” y que en la hora de hoy se traduce en un “ideal pluralista que reclama el derecho de autodeterminación de los pueblos, como reclama la libertad de los hombres que los forman”.

Otro insigne latinoamericano, el escritor, sociólogo e historiador colombiano, Otto Morales Benítez, al estudiar ese largo y a veces doloroso proceso de lograr nuestra identidad con el continente, con el nuestro, y ese querer de algunos parecernos a otros, nos dice con sabio convencimiento, que “estos rechazos (rechazo de lo nuestro), nos han dado mucha indecisión. Como no teníamos conciencia de donde veníamos —y nuestras culturas ancestrales sólo hace poco tiempo las estamos rescatando y valorando— vacilamos en cuanto al porvenir. Nos hemos debatido en muchas vacilaciones. . . Así aceptábamos fórmulas extrañas; nos pronunciábamos por las más palaciegas enseñanzas; estábamos dispuestos a ceder, siempre a ceder, ante los más inusitados reclamos foráneos. Esto se podía resumir diciendo que queríamos parecernos a los demás. No creíamos en que debiéramos hacer un esfuerzo sobre nuestra propia realidad”.

Y se podrían recoger muchas citas más en torno al inagotable proceso del mestizaje americano, para coincidir finalmente con lo afirmado por ese otro ensayista venezolano, mi desaparecido paisano merideño Mariano Picón Salas, cuando expresó que “el mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas; es unificar en el tiempo histórico esas disonancias de condición, de fórmulas y modelos vitales en que se desarrolló nuestro antagonismo”; lo que nos conduce, desde luego, a coincidir también con el requerimiento histórico de aprovechar este V Centenario en puertas, para el autodescubrimiento del mundo colombino. Autodescubrimiento que en nuestro concepto no debe consistir en reeditar la antigua polémica de enfrentar la leyenda negra que no veía sino errores y crímenes en la colonización española; y la leyenda dorada que pretendió justificar y ensalzar todo cuanto ocu-

rió en los tres siglos del imperio español de América; porque como bien lo dice admirablemente Arturo Uslar Pietri, "Ambas leyendas son, por descontado, falsas. Lo que pasó en América es bastante más complejo que una leyenda negra o que una leyenda dorada, es la complejidad del alma humana y de los hechos y es por eso que es importante conocerlo y estudiarlo. . .".

A ese estudio prioritario, a ese análisis despersonalizado, debe conducirnos este propósito iberoamericano de sacar lecciones y experiencias que nos son comunes, sin caer en el error de apreciación histórica de tratar de "juzgar los hechos de los hombres de otros tiempos a la luz de nuestra actual mentalidad". . . Estudiar y analizar con detenimiento y con elevadas miras ese pasado que nos pertenece a todos, a los de las dos orillas, de cuyas grandezas y flaquezas somos irremediabilmente herederos, sin posibilidad de renuncia, y que, en la hora del presente nos ha de servir con inteligencia e imaginación para explicar y entender mejor ese historial de luchas y de sacrificios, de sueños y utopías, que dignifican al hombre iberoamericano a lo largo de estos cinco siglos de agonía inacabada.

Pero salta a al vista que para lograr esta meta de acercamiento y comprensión, debemos superar los obstáculos del aislamiento en que hemos vivido, lo cual se ha traducido negativamente para nosotros en este desconocimiento casi absoluto que ha signado nuestro quehacer cotidiano a lo largo de estos cinco siglos. Esto es doloroso decirlo, pero hay que reconocerlo como una manifestación de autocrítica que debe alentarnos a superar los baches y buscar fórmulas precisas para una comprensión y entendimiento de nuestras propias realidades. Sin acercamiento sincero y perdurable no puede haber mutuo y sólido conocimiento. Y esto hay que decirlo sin complejos ni mistificaciones. España conoce muy poco de nuestra América, como nuestro continente conoce muy poco de la península. El aislamiento en que vivió España en horas menguadas de su reciente historia, se tradujo en cuatro décadas de silencio y menosprecio hacia ese otro mundo que se había configurado con el esfuerzo de los que de aquí fueron a llevarnos una lengua, una cultura, una religión y otras experiencias, para mezclar toda esa descarga de ímpetu y coraje humano con los nativos de la otra orilla del Atlántico, que, si bien recibieron todos estos bienes, también le dieron al desconocido cobijo amable para su desamparo; calor de pueblo generoso, hospitalario y noble; paisaje, tierra, naturaleza pródiga y riquezas inimaginables para hilvanar sus sueños de

grandeza. Y lo que fue más importante, en ese dar y recibir, no fueron España y América los únicos beneficiarios de la hazaña colombina, sino que fue el mundo entero, en toda su redondez geográfica, la que por igual capitalizó los frutos de ese luminoso amanecer.

Por todo ese distanciamiento en que hemos vivido, es por lo que estimamos que las celebraciones que se avecinan deben tener objetivos claros, inconfundibles en sus orientaciones y en sus fines. Es evidente que hemos creado muchas expectativas; y porque nuestros pueblos se han ilusionado y esperan mucho, es por lo que no debemos defraudar la ingenuidad colectiva alimentada con promesas, programaciones y proyectos que, de quedar como simples enunciaciones folclóricas, podrían crear ingratas frustraciones en una hora cargada de tremendas interrogantes universales donde ya no será posible aplacar la intranquilidad de nuestros pueblos, con los abalorios de mentiras regimentadas y palabras sin sentido.

Estos quinientos años transcurridos no pueden tener rendijas para ninguna excusa. Debemos asumir la responsabilidad de este nuevo reto a plenitud de lo que ello implica como compromiso irrenunciable. Lo que no hagamos ahora corre el riesgo de que no lo hagamos nunca en provecho de este anhelo renovado de la gran unidad iberoamericana. Porque lo sentimos así hemos dicho y sostenido que debemos comenzar por crear un estado de conciencia en todos los estratos de la sociedad contemporánea que nos permita llegar a la conmemoración del V Centenario con una visión actualizada de lo que realmente somos y de lo que razonablemente queremos que represente como vínculo, bandera, reto y compromiso esta fecha memorable.

Vivimos en un mundo en transición que aspira, en lo que respecta a nuestra porción iberoamericana, encaminar sus pasos hacia alguna fórmula estable de equilibrio, que nos permita emerger de la bipolaridad nuclear amenazante y prepotente, a la multipolaridad fundamentada en la cultura, la ciencia y la tecnología, como anhelada expresión civilizada en defensa del hombre universal, y dentro de este esquema, nuestra comunidad iberoamericana, con su inmenso potencial de reservas morales, con su vocación y raíces culturales e históricas, puede ser un punto de convergencia para ese propósito inacabado de unir pueblos hermanos para pasar a ser, desde ahora mismo, de simples espectadores a protagonistas activos de este mundo en transición que reclama de nuestra presencia como gran comunidad vigilante y alerta.

Conocernos mejor, he allí la clave de nuestro éxito. Porque, repito, nunca se ha tenido la visión justa y clara de lo que somos; y dentro de esa ignorancia de lo latinoamericano, han incidido las calculadas y malignas deformaciones de los congénitos manipuladores de la historia, y de los que, movidos por bastardos intereses, se han empeñado innoblemente en sembrar cizañas y odios infecundos, peli-grosas reservas mentales y xenofobias que, en nuestro caso, resul-tan inexplicables.

Ese desconocimiento generalizado del peninsular hacia América Latina es lo que ha venido manifestándose cuando en forma despectiva, ofensiva y poco amistosa, al referirse al continente colom-bino califican a nuestras gentes y pueblos de “tercermundistas”. Y no es que los de la otra orilla del Atlántico no nos consideremos con orgullo países participantes del esfuerzo del Tercer Mundo como delimitación geográfica y voluntad política de nuestros pue-blos de mantenernos al margen de la confrontación Este-Oeste; sino que por ignorancia en algunos casos o por gratuita agresión, se considera el término “tercermundista” como sinónimo de barba-rie, primitivismo, subdesarrollo o caos social; por lo demás, no es correcto calificar a pueblo alguno de la tierra como país subdesa-rrollado, cuando en todo caso, aún los sometidos a estructuras de desigualdades sociales, son comunidades en vías de desarrollo, que pugnan con sacrificios indecibles por romper con las cadenas del oprobio colonialista a las que injustamente se les ha sometido.

Pero estos hechos negativos hay que mencionarlos, porque de alguna manera tenemos que hacer algo para erradicar actitudes de xenofobia contrarias a la tradicional hidalguía del pueblo español. Sobre este delicado tema nos decía hace poco tiempo un notable periodista español, don Juan Luis Cebrián, Director del diario “El País”, en una conferencia dictada en el Club Siglo XXI, que “ya no podemos hablar de brotes de xenofobia en España, sino de una consistente ola que pretende arrastrarlo todo, desde el exilio o la emigración latinoamericana” (. . .)

En esto que nos confirma el director de un órgano de prensa muy importante dentro de la comunidad española, está un hecho de comportamiento social que hay que ver con mucho sentido auto-crítico para corregir su propagación suicida; y en esta rectificación oportuna, los medios de comunicación social deberían poner el mejor empeño.

Mi país ha visto con gran interés la celebración del V Centenario y, en tal sentido, así, por ejemplo, Venezuela prepara una historia general de América, bajo la dirección del conocido escritor, parlamentario e historiador, Guillermo Morón, la cual aspira que sea una idónea publicación para el mejor conocimiento y comprensión del nuevo continente.

La Comisión venezolana ha diseñado algunos de sus programas de cooperación científica y tecnológica, concretadas en los siguientes puntos: Centro Internacional de Documentación de Patentes en Lengua Castellana, proyecto que intenta organizar y administrar los documentos sobre patentes de todos los países de lengua castellana y suministrar servicios especiales de información tecnológica. La artesanía de España y América, programa con el que se pretende un mejor conocimiento de las artesanías en Iberoamérica. Ciencias y Tecnologías para el desarrollo, programa que busca la cooperación científica y tecnológica en base al mutuo interés y en régimen de total igualdad entre todos los países iberoamericanos.

Entre otras actividades pueden señalarse la celebración en Caracas de la VIII Bienal de Arquitectura, donde se hizo el estudio específico de los aportes del continente, sus raíces iberoamericanas y sus transformaciones desde 1492, hasta nuestros días.

En la reunión de San José de Costa Rica, Venezuela presentó, en colaboración con Colombia, el Proyecto denominado "Andrés Bello para el estudio y revaluación de las culturas y lenguas Arauak y Caribe".

El programa coordinado por Venezuela conjuntamente con el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), se efectuaron ya los trabajos de remodelación del Casco Histórico de Ciudad Bolívar, y se proyecta igualmente, la remodelación del casco antiguo del Puerto de la Guaira, y se ha iniciado la restauración de antiguos castillos de la época de la colonia en diversos lugares del país.

Por otra parte, el Consejo Nacional de la Cultura en cooperación con la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), estudia la posibilidad de realizar conjuntamente las siguientes iniciativas: Producción de un disco de música venezolana instrumental; coedición de algunas obras de autores venezolanos; difusión por América Latina, Espa-

ña y otros países europeos de la obra titulada "*Historia de América*"; posibilidad de efectuar una reunión a nivel de Ministros de Cultura que tuviese como tema central la elaboración de un Plan Multilateral de Cooperación Cultural; posibilidad de crear un Premio Iberoamericano denominado "Simón Rodríguez", y la realización de actos especiales dentro del marco de las celebraciones del V Centenario.

Además, el gobierno venezolano expresó al Comisario de la Comisión Preparatoria de la Exposición Universal de Sevilla, la participación de Venezuela en este importante evento; y el Presidente Jaime Lusinchi sugirió que una vez concluida la Feria Exposición de Sevilla de 1992, sus instalaciones sean destinadas como sede permanente de la proyectada Universidad Iberoamericana de Postgrado.

El propio Presidente Jaime Lusinchi, en su reciente visita de Estado, expresó a sus Majestades los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía, que venía a la Península para "contribuir a reforzar los vínculos de comprensión y afecto hacia España, en las mismas vísperas del V Centenario de la hazaña que dió al orbe cristiano el dilatado espacio de un nuevo continente para expandir la civilización a que pertenecemos".

Y en sus palabras pronunciadas en el parlamento español, el mandatario venezolano dijo que "El legado de España nos enaltece, y lo observamos en toda su vitalidad y valor en la acción positiva y futurista de sus actuales dirigentes; en primer término, de su Majestad el Rey Juan Carlos. (. . .) La más grande obra literaria en nuestra lengua, el Quijote de Don Miguel de Cervantes, resume y sintetiza lo mejor de la herencia espiritual hispánica. No es el *Quijote*, como algunos intérpretes han pretendido, ni una idealización de la debilidad, ni un simple retrato de la comedia humana. El *Quijote* es —pensamos muchos— por encima de todo, la expresión de una vocación de superación humana, nuestro legado. Y dirigiéndose a los Embajadores Iberoamericanos congregados en la sesión especial de la O.E.I., el Presidente Lusinchi dijo "Nosotros, pueblo de vocación cósmica, tenemos también un destino que cumplir en el universo: el de balancear tensiones, en un mundo donde el egoísmo y la prepotencia de los poderosos, que sólo hacen ejercicio diario de su vocación imperial, debe ser contenida por la fuerza de las virtudes que emanan de nosotros. El desprendimiento del mundo iberoamericano no lo comprenden los demás. Por eso tenemos que

afirmarlo y hacerlo respetar. Nosotros somos potencialmente fuertes, sólo que todavía no estamos exactamente conscientes de cuánto lo somos”.

Así pensamos los venezolanos a los 500 años de nuestro primer encuentro y casi a las puertas del Siglo XXI; de aquí nuestra aspiración de pueblo libre y democrático, al lado de todos los pueblos hermanos de Latinoamérica, hermandados de corazón y con idénticos propósitos con el pueblo entero de la España Democrática, es la de que esta fecha memorable del V Centenario del encuentro entre los dos Mundos, sea oportunidad propicia para fortalecer la unidad de la gran comunidad iberoamericana, reafirmando nuestra voluntad intransferible de sostener por siempre el imperio de la libertad, la consolidación del vivir democrático y el logro de la paz y la justicia social para toda la humanidad.

La historia y nuestra propia responsabilidad lo reclama así.